

Los RATONES CAMPESINOS

POR CONSTANCIO C. VIGIL



BIBLIOTECA INFANTIL ATLANTIDA



Comp. a H. D'elia
3-III-54 7 0.99

Obras de Constancio C. Vigil

El Erial. — 23ª edición en castellano.

Las Enseñanzas de Jesús. — Con las debidas licencias. 2ª edición.

Reflexiones Cristianas. — 2ª edición.

Las Verdades Ocultas. — 4ª edición.

La Educación del Hijo. — 6ª edición.

Amar es Vivir. — 5ª edición.

Vidas que Pasan. — 3ª edición.

El Hombre y los Animales. — 3ª edición.

El Maíz, Fabuloso Tesoro. — 2ª edición ilustrada.

PARA LOS NIÑOS

¡Upa! — Libro con método original del autor para aprender a leer. 15ª edición.

La Escuela de la Señorita Susana. — Primer libro de lectura. 12ª edición.

Compañero. — Lecturas para niños de 8 a 10 años. 11ª edición.

Mangocho. — Relato de la vida infantil del autor, quien se identifica con los demás niños. 10ª edición.

Marta y Jorge. — 20ª edición.

Alma Nueva. — Lecturas adecuadas para la niñez y la juventud. 9ª edición.

Cartas a Gente Menuda. — Conjunto de cartas muy breves, con bellas ilustraciones en colores, que ningún niño, ninguna niña, dejarán de leer con encanto y provecho positivo.

Vida Espiritual. — Es un manual para la dignificación del niño, dividido en 5 tomitos independientes entre sí, del cual se agotan continuamente copiosas ediciones.

Cuentos. — Son 22 los cuentos de Constancio C. Vigil, tan ávidamente leídos por los niños de América, y están editados como el presente en otros tantos volúmenes, cuya lista completa se halla en la contratapa de este libro.

Lista de precios a disposición de quien la solicite a:
Editorial Atlántida, Florida 643, Buenos Aires.

Los RATONES CAMPELINOS

POR

CONSTANCIO C. VIGIL

C. 101.334

4ta Edición de 20.000 Ejemplares

EDITORIAL ATLANTIDA
BUENOS AIRES

Ilustraciones de Federico Ribas.



Derechos reservados
Hecho el depósito que marca la Ley.
Printed in Argentina

LOS RATONES CAMPEVINOS

EL caso fué que una noche del último verano andaba el matrimonio Trotemenudo en procura de un sitio verdaderamente bueno para vivir.

Algunas personas creen que los ratones campesinos pueden hacer su cueva en cualquier sitio, pero se equivocan. Hay muchos peligros y muchos inconvenientes que es necesario prever.

La prueba es que los Trotemenudo buscaban adonde mudarse desde hacía dos semanas.

Poca suerte habían tenido en el último domicilio. Junto a él, de la noche a la mañana, se estableció un hormiguero, y las hormigas no los querían de vecinos. Adrede, para que se



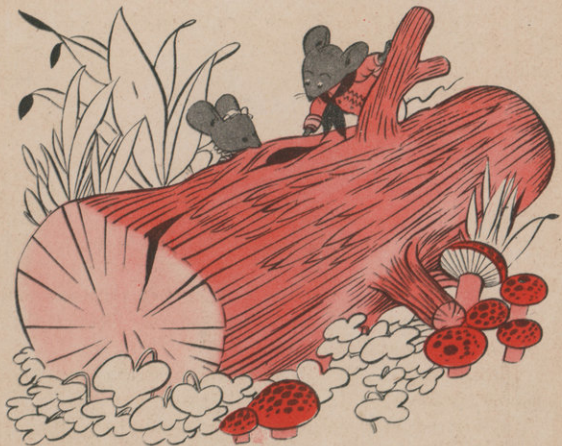
fuera de allí, abrían a cada rato nuevos conductos, se les aparecían por todas partes, y los revisaban dormidos y despiertos, causándoles continuos sobresaltos. No había más solución que conseguir otra vivienda.

ANDANDO, andando en la espesura del bosque, llegaron al grueso tronco de un gran árbol caído ha tiempo en el suelo. Lo recorrieron por arriba y por abajo en toda su extensión. El sitio era tranquilo, la vegetación muy abundante; no había ningún olor que denunciara peligro.

Después de volver a oler durante unos minutos, dijo el ratón:

—Mejor que esto no lo hallaríamos jamás.

—Yo creo — dijo la ratona — que sería conveniente no perder tan espléndida oportunidad. Mañana podemos hacer



la mudanza.

—¿Mudanza de qué? — preguntó Trotemenuedo.

—De todas mis cosas — respondió ella. — La cáscara de nuez, el trapillo que guardo para los hijitos, mi limpiaúñas.

—¡Siempre con tus embelecos complicando nuestra vida! — exclamó Trotemenuedo.

—Si te parece — agregó ella — mañana traeremos todo.

—Bien, bien... — asintió él. — Escarbemos ahora para proporcionarnos las debidas comodidades.

Pero, aunque dijo "escarbemos", la ratona únicamente púsose a la tarea.

—Escarba, hija, escarba con bríos — decía el ratón, — y así entre el tronco y la tierra quedaremos tan escondidos que



nadie nos descubrirá jamás.

—Pero, dime, bendito haragán — preguntó la ratona: — ¿por qué no me ayudas?

—Porque yo tengo que vigilar mientras tú trabajas — respondió Trotemenuedo.

—No existe ningún peligro — observó ella.

—Calla y apúrate — dijo él. — Con el tiempo que pierdes en charlar inútilmente, ya estaría nuestra casa terminada.

Siguió la ratona en silencio la obra, y al rato exclamó metiéndose en la cueva:

—¡Ya está y ya entro!

Miró el ratón y dijo:

—Parece mentira que seas tan infeliz. Se te ve todo el rabo. Volvió la ratona a escarbar cada vez más ligerito, más ligerito, hasta que el ratón dijo:

—¡Basta! No hay que exagerar. Falta saber si la entrada es segura en caso de peligro. ¡Voy! — Y al decir “¡Voy!” se metió adentro con tanta rapidez que la ratona ni lo vio pasar. Después entraron y salieron uno y otro como cuarenta veces. Al final de tantas pruebas convinieron en que la casa reunía las debidas condiciones y entraron definitivamente en ella para dormir.

—No me despiertes hasta que oscurezca — recomendó el



ratón, — porque estoy tan cansado, pero tan cansado, con todos estos trabajos, que si no me llamaras dormiría una semana.

EN la noche siguiente fueron hasta la anterior morada para hacer la mudanza. Era tan temprano que todavía faltaban como tres horas para la salida del sol.

Cuando llegaron, tomó la ratona con sus dientes la cáscara de nuez y le dijo al marido:

—Llévame tú el limpiaúñas.

—¡Estás soñando, mujer! — respondió el ratón. — Yo no puedo llevar nada. Ando con un dolor terrible en este diente



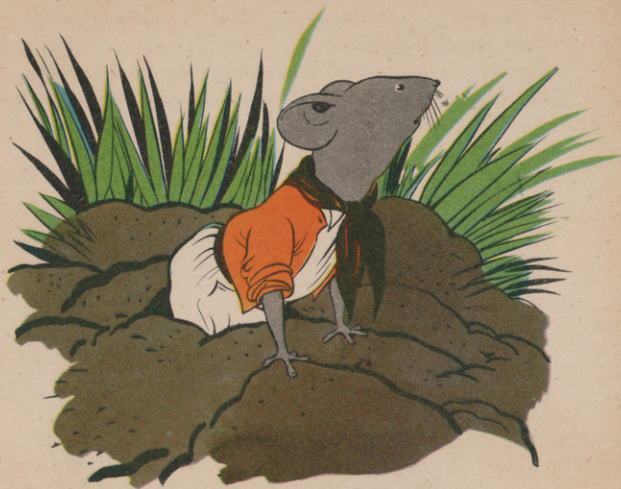
más largo. Lleva tú algo, que yo quedaré aquí para cuidar lo demás.

Partió la ratona arrastrando con muchas dificultades por terrones y zanjas la cáscara de nuez y el limpiaúñas. A su regreso vió que el marido estaba sobre una planta.

—¿Qué haces ahí? — preguntó.

—Vigilo, mujer — respondió él. — ¿No te dije que cuidaría lo que dejaste?

Tomó la ratona el trapillo, bajó el ratón y juntos se encaminaron hacia el nuevo domicilio.



LA distancia a recorrer no llegaba a los cien metros. Apenas habían andado un corto trecho cuando notó la ratona la falta de Trotemenudo. Por más que miró y olió en todas direcciones no descubría su paradero.

Muy preocupada se detuvo pensando si alguna lechuza no se lo habría llevado en vilo. De pronto, Trotemenudo salió de un agujerito.

—¡Qué manía tienes — exclamó ella fastidiada — de meterte en todas partes!

—Es que nunca sabe uno — respondió él — lo que se puede encontrar.

—Siempre dices lo mismo y nunca encuentras nada.

Y al verlo que trepaba por el tronco de un árbol, le preguntó:

—¿Adónde vas ahora?

—Aguarda un momento — replicó él, — que a lo mejor descubro alguna fruta rica.

Esperó la ratona, recorrió él las ramas y por fin descendió.

La marcha era muy lenta, porque se detenían a oler cuanto encontraban, mientras Trotemenudo repetía:

—¡Darse prisa! ¡Darse prisa! Tenemos que llegar cuanto antes.

Pasaban en ese momento ante la cueva de una ratona muy conversadora que casualmente estaba tomando el fresco. Al verlos venir se adelantó a saludarlos y a preguntarles adónde se dirigían y si habían encontrado algo que comer. Mientras hablaban, los hijos de la charlatana salieron de la cueva y em-



pezaron a roer el trapillo que la señora de Trotemenudo había colocado sobre la hierba. Iban ya a despedirse cuando ella notó la falta de su prenda.

—¿Dónde está mi trapillo? — preguntó muy sorprendida, y al no hallarlo dijo con tremendo enojo: — ¡Sepa usted que son sus hijos muy mal educados, porque esto es un robo!

—Cada una tiene — respondió la aludida — los hijos que puede, y si usted quería conservar esa basurita no la hubiera dejado por ahí. Bien se sabe lo que son las criaturas.

Discutieron acaloradamente. El matrimonio pretendía que se le entregara otra prenda semejante.

Y la charlatana decía:

—¿Creen ustedes que poseo fábrica de trapillos? Lo único que puedo es prometerles uno igual, o mejor, cuando lo encuentre.

En lo más enconado de la discusión llegó un vientito con olor a gato y, apenas lo percibieron, dijo Trotemenudo:

—Vamos, vamos, hay peligro. Pero ya volveré yo para ajustarles la cuenta a estos ladrones.

—Repáre en lo que dice — contestó la otra, — porque si mi marido se entera de este insulto es capaz de hacer una barbaridad.

Quién sabe cómo hubiera terminado aquello si no fuese que seguía el olor a gato, lo que decidió a los Trotemenudo a retirarse, y sin más ni más se fueron.

Aunque con tanto miedo como ellos, la charlatana, antes de entrar en su cueva, les gritó:

—¡Ojalá que por descomedidos y groseros, hoy mismo se les pongan los dientes del largo de la cola y que tengan un hormiguero en cada oreja!

—¡Darse prisa! ¡Darse prisa! — decía Trotemenudo. — Tenemos que llegar cuanto antes.

Un momento después, olvidado aquel embrollo, Trotemenudo trepó por un tronco, y tanto demoraba en bajar, que la ra-





tona supuso que le había ocurrido una desgracia. Cuando bajó por fin, le reprochó enojada la tardanza.

—Es que — explicó él — me encontré con un ratón muy flaquito que está allá arriba, venido de la ciudad. Me preguntaba dónde hay aquí pan y queso. ¿Qué te parece la pregunta?

—Me parece — repuso ella — que tan bobito o más que el de la pregunta es el que pierde tiempo en escuchar esas cosas, y después dice que es necesario apresurarse.

Ello fué que no encontraron árbol al que no subieran uno u otro o los dos juntos, ni agujero en el que no entraran, ni cosa que no oliesen o royeran.

Así, aquel viaje, comenzado tan temprano, terminó a la luz del día y sin traer la ratona absolutamente nada.

Por fin se introdujeron en la vivienda preparada y se acostaron a dormir, pues se hallaban bastante fatigados.

DESAPARECE el sol en el horizonte cuando el matrimonio se despierta y decide visitar los alrededores de la nueva residencia. Las salidas son tan frecuentes como rápido el regreso. El más leve ruidito y cualquier olorcillo sospechoso los hace huir despavoridos.

Ya es noche oscura. Se oye de pronto un grito de terror y luego vuelve el silencio. Ello significa que algún bandido nocturno ha sorprendido en el suelo o en un árbol a su víctima. Mamíferos y aves de rapiña se aproximan cautelosamente a la presa y le asestan una feroz dentellada, o un terrible golpe de pico, o le clavan de pronto las aceradas garras.

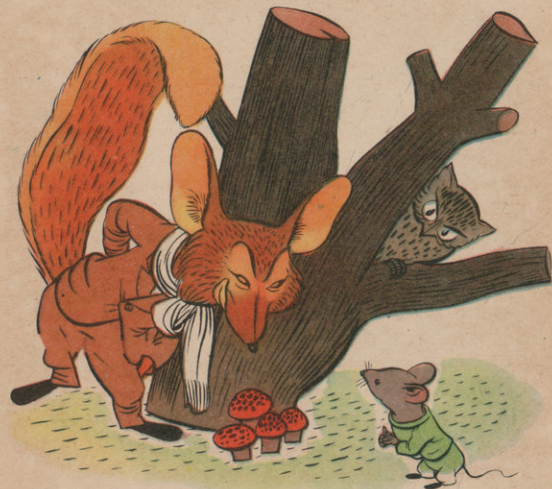
Nacidos y criados en el bosque, los Trotemenudo están



acostumbrados a todo eso. Saben que la vida es dura y que para comer hay que matar. Lo corriente es matar hoy y ser mañana comido. Al escuchar algún grito de muerte se detienen azorados un momento y luego continúan su camino con el ojo avizor y el oído atento, procurando evitar el menor ruido que denuncie su presencia.

Los ratones de campo, más pobres y flacuchos que los domésticos, no disfrutan de cocina ni despensa, soportan los rigores de la intemperie y son por fuerza muy buscavidas y poco delicados en la elección de alimentos.

Mientras el ratón que vive en una casa no tiene más enemigos entre los animales que el perro y el gato, los Trotemenuendo son



bocado apetecido por numerosos mamíferos, entre ellos el zorro y el zorrino, el hurón y el coatí. Entre las aves los buscan para devorarlos todas las de rapiña y numerosas zancudas. Para las víboras son manjar predilecto. Y también, de día y de noche, las lechuzas los espían lo mismo que los gatos, y si los descubren fuera de la cueva los levantan en vilo y se los llevan para siempre.

Tampoco ellos, por su parte, perdonan la vida a nadie y a crueldad no hay quien les gane, aunque como son tan débiles no pueden atacar a quien se defienda.

En cambio, durante la noche trepan a los árboles y recorren las ramas. Cuando descubren un nido se introducen en él, debajo de la madre, que cubre amorosamente a sus hijitos y los oprime con todas sus fuerzas como única defensa. Apenas alcanzan con el hocico la tierna carne de los polluelos la

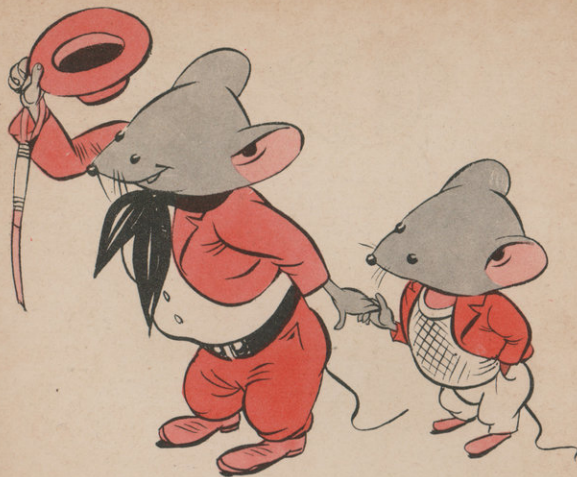


desgarran con sus dientes y hacen crujir los menudos huesecillos, mientras devoran a prisa cuanto pueden. Si en vez de pajaritos hallan huevos, los rompen y los comen como a exquisito manjar. Terminado el banquete regresan muy orondos a su cueva.

Cuesta creer que con su apariencia inofensiva sean capaces de acción tan espantosa, pero es preciso recordar que no lo hacen por gusto, sino impulsados por la necesidad de alimentarse.

MIENTRAS tanto pasaba el matrimonio los días y noches entre hambres y comilonas, disparadas y paseos, sustos y visitas, pues ha de saberse que los ratones se visitan.

Y aquí conviene aclarar una notable diferencia que existe entre ellos y las ratas. La rata es insociable, díscola, penden-ciera y vive solitaria en su cueva, salvo la que tiene hijos y



en tanto son pequeños. Las del mismo sexo son enemigas y se pelean con ferocidad.

Los ratones, en cambio, viven en parejas, la cueva es de la familia y son propensos a la amistad entre ellos. Frecuentemente salen con el único fin de visitar en su casa a los ratones de la vecindad.

Fué en una de estas visitas que los Trotemenudo se enteraron del acontecimiento que preocupaba a los animales. Se trataba nada menos que del cumpleaños del tigre, el más poderoso, vengativo y sanguinario de todos. Nadie puede menospreciarlo, nadie se siente a salvo de sus despiadadas garras.

El mismo tigre había propalado la noticia, pues a todos los animales les hacía esta pregunta:

—¿Saben de quién es pronto el cumpleaños?





A los que lo ignoraban, les recomendaba que lo averiguasen. A quienes lo sabían, les decía:

—¡Cuánto siento que todos, grandes y chicos, se vean obligados a traerme algún regalo!

Poco después, la noticia andaba de boca en boca y de pico en pico.

Algunos animales prefirieron irse lejos para librarse del compromiso.

Si el tigre se había propuesto que nadie lo ignorase, era para que todos lo obsequiaran. No regalarle nada equivalía a desafiarlo y exponerse a su venganza.

Los Trotemenudo regresaron a su casa muy cabizbajos y muy preocupados con esta novedad.

—¡Veneno le daría yo! — dijo la ratona.

—Calla — dijo él, — que los árboles oyen.

Sólo cuando estuvieron en la cueva hablaron a sus anchas del asunto, y dijeron que el tigre era un canalla, asesino y ladrón, que pretendía apoderarse de cuanto existe.

—¡No se piense — exclamó furioso Trotemenudo — que voy a romperme yo los dientes para agasjarlo!

—Cada uno da lo que puede — dijo ella. — Y si espera locuras de nosotros, ¡que se embrome!

—¡Regalo! — chilló él. — ¡Un buen agujero le haría yo en la cabeza!

El día del cumpleaños desde muy temprano estaba el tigre echado en la entrada de su cueva. En la víspera no había comido para hartarse bien a gusto con los obsequios que él imaginaba: pavos gordos, tiernos corderitos, ciervos pequeños y otros manjares semejantes. Hambriento y nervioso, se relamía el hocico mirando hacia todos lados en espera de los gentiles visitantes.

Todos podían acercársele en esta oportunidad, sin el menor peligro.

El primero en llegar fué el mono. Traía una especie de cesta con frutitas silvestres parecidas a las fresas. El tigre miró el regalo, miró al mono, sonrió con forzada sonrisa y después de algunas palabras de agradecimiento lo despidió.

Poco después apareció el oso hormiguero. Su regalo era un montón de hormigas coloradas. Nueva sonrisa del tigre y agradecimiento y despedida.

La comadreja se presentó con un ramo de plumas de perdiz.

—¡La la la! — murmuró el tigre. Y volvió a sonreír y agradecer, pero con mayor dificultad porque se le iban endureciendo de hambre y de fastidio las quijadas y le costaba abrir la boca.

Y así siguió el desfile de visitantes, cada cual con su regalo, y sin embocar ninguno en las esperanzas del obsequiado. Le traían muchas cosas, pero ellas no le servían para nada.



Trájole el zorro un ala de lechuza, el cuervo un huevo de tortuga, el lagarto un poco de miel, el loro una espiga de maíz, la liebre una hoja de lechuga. Aparecieron luego los Trotemenuo. Juntitos y con mucho respeto se aproximaron y depositaron su regalo. Lo miró el tigre.

Consistía éste en el famoso limpiaúñas que la ratona guardaba como un tesoro.

El tigre ya estaba furioso y al ver el limpiaúñas dió tal soplando de rabia que los ratones rodaron por el suelo como pelotas.

En seguida se irguió y con rugidos que hicieron temblar la tierra dijo:



—¡Ahora les enseñaré a cumplir como es debido! ¡No he de dejar uno vivo!

Y salió dando zarpazos a derecha e izquierda, mientras los animales aterrorizados se escondían en las entrañas de la tierra o se subían a la copa de los árboles.

Y así acabó aquel memorable día del cumpleaños del tigre.

ALGÚN tiempo después, al regresar el señor Trotemenudo de uno de sus paseos por las inmediaciones, halla a su compañera acurrucada en un rincón. Un momento queda él mustio al verla en ese estado, pero de pronto exclama:

—¡Oye! ¡Oyeme bien! Acabo de ver lo más maravilloso que pudiera imaginar ningún ratón del mundo.

Ella, toda encogida, nada le contesta. Sorprendido de su silencio, sabiéndola tan curiosa, le mira la cara y ve que llora.

—¿Qué te pasa? — pregunta muy alarmado.

—Después te explicaré — responde ella. Y, secándose los ojos, pide: — Cuéntame primero lo que has visto.

—He visto — dice Trotemenudo, — y hazme el favor de no llorar cuando te hablo..., que un poco más allá de aquella matita que tú dices que nos daría apetitosas semillas, y no da nada, existe un agujero, justo entre dos montañitas.

—Por supuesto que entraste — dice ella.

—Por supuesto que entré — agrega Trotemenudo, — y tras un largo y oscuro zaguán salí a una sala muy grande, muy hermosa y muy iluminada.

—Fíjate en lo que dices — exclama la ratona, — que estoy harta de tus mentiras.



—Esto es verdad — afirma Trotemenudo — y algo realmente asombroso. Figúrate que el techo está cuajado de bichos de luz que alumbran tanto como si allí fuera de día. Grandes telarañas forman cortinas de colores. En el centro hay una alfombra roja. Alrededor, centenares de silloncitos que parecen de oro, y en cada uno, sentado un ratón mirando la fiesta. Delante de cada sillón, una mesita con apetitosos manjares.

—¡Qué preciosidad!... — dice ella, haciendo sonar los dientes de apetito y de entusiasmo.

—Sobre la alfombra — prosigue Trotemenudo, — los artistas bailan y cantan al compás de la música. Porque has de saber que en un tablado alto del fondo están reunidos los más

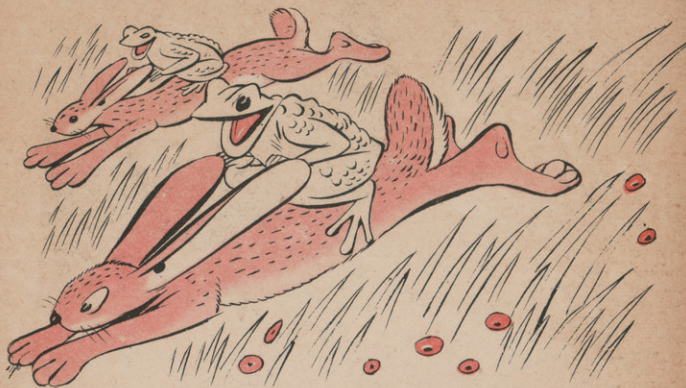


variados pájaros cantores, y todos cantan dirigidos por un zorzal viejo que es el director de la orquesta. Es algo tan encantador como no te lo imaginas.

Al llegar a este punto del relato la ratona está fuera de la cueva. Sale también el marido y le pregunta adónde va tan apurada.

—A esa cueva que dices — responde ella sin detenerse.

—Espera, hija, que todavía no te conté todo — dice Trotemenudo. — Casi en seguida salieron las garzas y bailaron muy bien al compás de la música. Después hubo una carrera. Cinco sapos montados en cinco liebres dieron vueltas alrededor



de la pista, hasta que ganó un sapo gordinflón y tan buen jinete que parecía que iba pegado a la liebre.

Ya estaba el matrimonio junto a la matita de las apetitosas semillas y la señora buscaba entusiasmada el agujero para entrar y admirar tantos prodigios; pero el tal agujero no aparecía por ninguna parte.

—¡Me has engañado! — exclama la ratona. — Aquí no hay ninguna cueva ni señales de nada.

—El caso es — dice Trotmenudo — que se acabó tu llo-riqueo y era lo que yo quería.

—¿Así que todo es mentira? — pregunta ella.

—Bien sabes cuánto me gusta verte alegre y feliz — responde él — y de algún modo tenía que quitarte la tristeza.

SONRIENTE la ratona por la ingeniosa ocurrencia de su compañero y satisfecho él de haberla distraído con su relato,



regresan muy contentos a la cueva cuando aparece un ratón corriendo y le da a Trotmenudo un fuerte encontronazo, que lo derriba, mientras grita:

—¡Alto el pillo!

—¿Pillo yo? — responde Trotmenudo, levantándose. — ¡Repáre en lo que dice!

—¡Usted se comió la semilla que dejé en la puerta de mi casa! — afirma el otro.

—No he visto tal semilla — grita Trotmenudo — y no sé quién es usted ni dónde está su casa.

Temerosa la ratona de que la discusión degenerara en riña, resuelve intervenir y dice:

—Seguramente, usted confunde a mi marido.

—No lo confundo — replica el enojado, — que es esta la misma cara y la misma cola del ladrón.

—Pues se equivoca — dice la ratona. — Habrá sido alguno parecido a él.

Vacila el importuno y Trottemenuedo aprovecha su vacilación para hacerse el guapo y grita subiendo el tono en fuerza y en fiereza a cada palabra:

—¡Le digo que no fui yo! ¡Y déjenos en paz! ¡Y no sea usted majadero! ¡Porque le pesará! ¡Y mucho! ¡Y ahora mismo!

Ante sus desaforadas voces y su actitud amenazante, el de la reclamación se alarma y opta por retirarse, y el matrimonio prosigue su camino, llega al tronco y se introduce en la cueva.

—Bien — dice Trottemenuedo; — explicame ahora la causa de tu llanto.



Apenas oye esto la ratona se pone a llorar de nuevo.

—No te aflijas así — dice él. — Cuéntame lo que sucede.

—Sucede — responde ella — ¡que quiero ratoncitos!

—¿Conque ratoncitos, eh? — pregunta Trottemenuedo. — ¿No te parece que bastan los que día y noche agujerean y roen en todo el mundo?

—Lo bueno nunca sobra, y además, ¡son tan bonitos! — exclama la ratona.

—No lo niego — dice él; — pero no viven del aire.

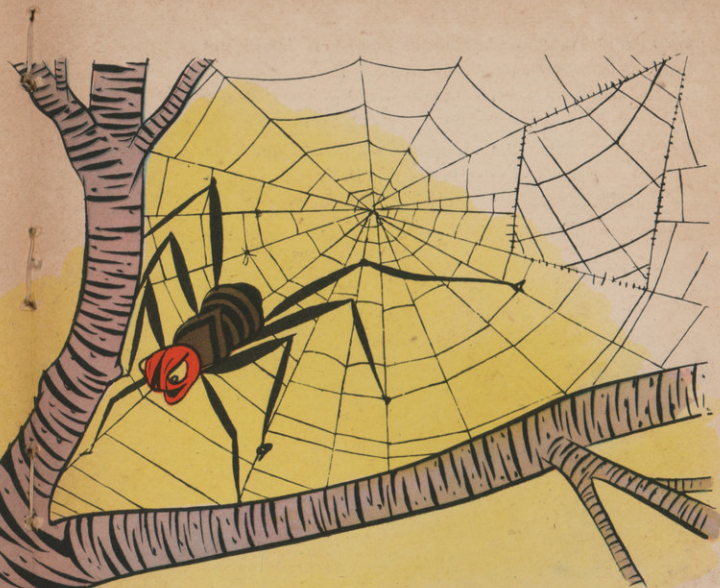
—No seas mezquino, marido, tan luego con los hijitos de nuestro corazón.

—Tú olvidas — replica él — los fríos, las lluvias y el hambre con temblores y castañeteo de dientes que padecimos en el último invierno.

Como única respuesta ella recoge un papel y empieza a desmenuzarlo con los dientes. Trottemenuedo la mira un momen-

to y calla. Ha comprendido que prepara la cuna y que la llegada de los pequeños es ya inevitable.

CUANDO una ratona desea ratoncitos tiene que hallar a Cabecita Roja, que es la araña que los trae, y repetir tres veces: ¡Yo quiero ratoncitos! ¡Yo quiero ratoncitos! ¡Yo quiero ratoncitos!



Si Cabecita Roja, que es muy buena, levanta tres veces seguidas una patita, puede tenerse la seguridad de que cumplirá el encargo.

La ratona trepa por muchos árboles y al cabo descubre a Cabecita Roja en una rama.

Pero se queda quieta y callada, porque la araña se muestra muy afligida y se lamenta diciendo:

—Tres veces hoy rompió el viento mi tela; tres veces he debido componerla. Cuando el viento es tan fuerte, los bichi-

tos no salen; y cuando los bichitos no salen, la araña no come; y cuando la araña no puede comer, se siente triste.

Por suerte, en aquel mismo momento, cesó el viento y la ratona al ver a Cabecita Roja ya tranquila se le aproxima y dice:



—¡Yo quiero ratoncitos! ¡Yo quiero ratoncitos! ¡Yo quiero ratoncitos!

Una vez hecho el pedido, debe bajar de inmediato y esperar en el suelo, debajo de la rama en que está la araña, todo el tiempo que sea necesario.

Así lo hace ella, y aguarda horas con los ojitos fijos en la altura.



Por fin, ve que desde aquella rama desciende una cunita sujeta por tres hilos que parecen de plata, unidos a otro hilo que se alarga más cada vez.

Cuando la cunita llega al suelo, la ratona, loca de júbilo, corta los hilos con sus dientes y se la lleva a la cueva.

Poco después Trotemenudo se halla ante una impresionante novedad: seis ratoncitos duermen en la cuna preparada por la habilidosa madre.

—¡Caramba! — dice observándolos. — Son preciosos, no lo niego, pero representan seis bocas más que alimentar.

—¡Fíjate! — dice ella. — ¡Fíjate qué monada! En cuanto abran los ojos, te reconocerán como a su padre.

—Este — dice él — mueve la cabecita cuando yo me aproximo.

—¡Pronto saldrán para el primer paseo con sus papás! — exclama la ratona emocionada.

Y continúan charlando embelesados ante los pequeñuelos, hasta que Trotemenudo se decide a salir un rato para roer alguna cosa.



IBA el jefe de familia muy campante y orgulloso, cuando un pajarillo posado en una rama canta como en un quejido:
—¡Ah, el asesino!... ¡Lo que hiciste con mis hijos harán también con los tuyos!

—¡Calla, o subo y te enseño a respetarme! — dice Trotamenudo, apresurando el trotecito.

—¡Lo que hiciste con mis hijos harán también con los tuyos! — repite el pajarillo.

—No me gustan estas cosas — piensa el ratón, — pues a cualquiera lo impresionan mal.

Después de oír aquel cantito, Trotamenudo ya no se siente tranquilo. Redobla las precauciones, huele cada terrón y cada hoja y tiembla al más leve ruido.



ALGUNOS días después se halla la señora de Trotamenudo acomodando a uno de los chiquitos que se había movido demasiado, cuando entra su marido como un ciclón.

—¿Qué te pasa? — pregunta ella alarmada.

—¡Ah, ah, ah!... — exclama.

—¿Te han perseguido?

—¡Oh, oh, oh!... — dice el ratón sin cesar de dar vueltas con el rabo alzado.

—¿Estuviste en peligro?
 —¡Ju, ju, ju!...
 —¡Cuéntame!... ¿Qué ocurrió?
 —¡Ji, ji, ji!...

Cuando por fin recobra un tanto la calma refiere lo sucedido.

—Figúrate — dice — que caminaba muy contento, cuando siento un olor raro... Huelo, miro, huelo, y... espera..., ¡me ahogo otra vez!...

Y entre saltitos, con los ojos cerrados por el miedo, explica, al fin, que fué visto por un gato.



—¿Te ha seguido? — pregunta la ratona con tanto susto como él.

—¿Cómo quieres que sepa lo que hizo el gato si ni siquiera sé por dónde vine? Un milagro me ha salvado; es lo único que puedo asegurarte.

—Pues es preciso averiguar si el gato te ha seguido. Si te ha seguido, ha descubierto nuestra casa, y si la ha descubierto, estamos perdidos. Espera — agrega la ratona. Y, abandonando



ven despavoridos ante la vista de algún enemigo, no hallan la cueva. Menos mal que con el terror que los impulsa atropellan la tierra suelta de la entrada y se abren paso salvándose de una muerte segura.

Es necesario ser ratón para apreciar lo que significa no poder salir de noche.

Si al amparo de las sombras nunca se está seguro, de día, fuera de la cueva, los peligros son mayores aún. A veces es preferible el hambre, mientras se puede soportar, y no exponerse a ser visto por algún enemigo, y hay enemigos que acechan en todas partes.

Un mediodía, tibio y silencioso, andaba la familia revisando y royendo algunas hierbas, cuando se le ocurre a uno de los chiquitos subirse por el tronco de un árbol.

En el árbol está posado un benteveo. El benteveo es uno de los pájaros más voraces y no respeta nada cuando el hambre lo apura.

Ve al ratoncillo y grita con su áspero chillido:

—¡Bien te veo! — Y sin darle tiempo a huir, vuela, lo toma de la cabeza con su poderoso pico... ¡y se lo traga!

Al oír los extraños ruidos, la familia de Trotemenudo se esconde y apretuja en el fondo de la cueva. Pasado el susto notan la falta del chico y resuelve el padre salir en su busca.

Apenas anda un trecho oye el canto del pajarito de antes que repite con tono quejumbroso:

—¡Ah, el asesino!... ¡Lo que hiciste con mis hijos harán también con los tuyos!

—¡Cállate, bicho de mal agüero! — chilla Trotemenudo, más alarmado aún al escuchar este siniestro presagio.

Casi en seguida, otro feroz benteveo, posado sobre el mismo tronco seco que oculta la cueva, se abalanza sobre él, lo





aprieta entre su pico y se lo lleva hasta un árbol. Una vez allí lo golpea en el tronco con un chasquido seco, como golpean las lavanderas la ropa, hasta dejarlo sin un hueso sano. Entonces, en dos tiempos, se lo traga.

Más benteveos aparecen, en circunstancias en que la familia ratonil, profundamente alarmada por los ruidos y por la ausencia del padre y del pequeño, se dispone a inquirir la causa de aquellas angustiosas novedades.

—Quédense quietos ahí. Voy a ver dónde están — dice la madre.

Sale, corre, y también es atrapada.

Los cinco ratoncitos esperan a la madre, al padre, al hermanito. Como ninguno vuelve, lloran desconsolados.

Después de muchas lágrimas, se secan los ojitos con la punta del rabo y se deciden a buscarlos.

Sale uno, y se lo llevan; se asoma otro y apenas camina un palmo desaparece en el aire; luego dos juntos se aventuran a dejar la cueva y los benteveos vuelan con ellos en el pico. No queda más que un ratoncito enloquecido de terror al verse solo. Da vueltas, chilla y se atreve por fin a averiguar lo que sucede... ¡Y es la última víctima!

...Y así, la familia entera pasó al buche de los feroces benteveos.

QUEDÓ la casa vacía durante mucho tiempo hasta que llegó un grillo, y juzgándola un magnífico palacio se decidió a habitarla, encantado de sus comodidades.

Por cierto que el grillo ignora el triste fin de los que allí vivían y, como si nada hubiera sucedido, llena toda la noche con su alegre serenata.

Constancio C. Vigil



ESTA CUARTA EDICIÓN DE

**LOS RATONES
CAMESINOS**

EN LA BIBLIOTECA INFANTIL
ATLÁNTIDA SE IMPRIMÓ EN
LOS TALLERES DE LA EDITO-
RIAL ATLÁNTIDA, EN EL MES
DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 1948.

EDICIONES DE ESTE LIBRO

1ª Junio 1941, de 10 mil ejemplares
2ª Novbre. 1943, de 10 mil ejemplares
3ª Octubre 1946, de 10 mil ejemplares,
y esta 4ª edición de 20 mil ejemplares.





BIBLIOTECA INFANTIL ATLANTIDA

CUENTOS DE CONSTANCIO C. VIGIL



1. Misia Pepa
2. Los Chanchín
3. El Mono Relojero
4. Muñequita
5. Los Ratones Campesinos
6. El Sombrerito
7. Tragapatos
8. Botón Tolón
9. La Hormiguita Viajera
10. El Manchado
11. La Dientuda
12. La Familia Conejola

13. La Reina de los Pájaros
14. Chicharrón
15. El Bosque Azul
16. Juan Pirincho
17. Los Enanitos Jardineros
18. Los Escarabajos y la Moneda de Oro
19. Cabeza de Fierro
20. El Imán de Teodorico
21. La Moneda Volvedora
22. El Casamiento de la Comadreja



EDITORIAL ATLANTIDA — Florida 643 — Buenos Aires

"En sus encantadores cuentos, de una elocuente sencillez, Vigil descarta los viejos métodos de enseñar por medio del temor.

El encanto de la historia, la delicadeza del pensamiento, el estilo claro y hermoso, atraen la atención de los lectores, cautivan los corazones. Con toda justicia los niños de la América Española lo consideran como su "Padre Espiritual".

Esperamos que los niños de los Estados Unidos aprenderán a amar a este gran americano". — GAETANO MASSA. — Nueva York. (Del prólogo de la edición norteamericana de "La Hormiguita Viajera").



LIBRO EDICION ARGENTINA